



Campamento de iniciación montañera Bagá 1972

LA ÚLTIMA ASCENSIÓN

En el mes de enero hemos despedido a varios camaradas. Junto a Pepe Guirao, del que también se habla en estas páginas, nuestra Hermandad ha dado su adiós, desde este *campamento-base* terrenal, al último director de la Escuela de Guías Montañeros, ENRIQUE JOVÉ ASO. Seguro que a este gran montañero le molestarían unas líneas necrológicas, y tampoco queremos caer en ello para homenajear a un camarada, que, seguro, ya ha culminado su última ascensión con éxito y ha recibido el abrazo del Dios de las cumbres.

Enrique procedía de las Falanges Juveniles y de la Organización Juvenil Española, de la que fue Jefe del Hogar Valencia; posteriormente, militó en Falange y fue fiel colaborador de la Hermandad de la Vieja Guardia; en la Hermandad del Frente de Juventudes -que ahora ha incorporado el símbolo del Doncel de Sigüenza (*un falangista de siglo XV*, como dijo José Antonio) perteneció siempre a su Junta de Gobierno y fue director de estas páginas, aquel *Lucero* ilusionado y casi campamental de los primeros tiempos.

Muchos rasgos excelentes podrían acompañar una semblanza de ENRIQUE JOVÉ, y de ellos destaco aquí solo tres, en los que estarán de acuerdo conmigo quienes lo conocieron y trataron. El primero de ellos es su **compromiso leal** sin fisuras con lo joseantoniano; y, si tuviéramos que definirlo en pocas palabras, diríamos que fue **un montañero falangista**; para él parecía haber sido escrita la letra del *Montañas Nevadas*. El segundo rasgo -derivado del anterior- era su **camaradería**, que le hacía olvidar cualquier inevitable roce, broncas a veces, con sus afines: siempre el abrazo era el punto final de un desacuerdo y el rencor no tenía cabida en él. El tercero, por fin, era su **capacidad de acogimiento**, que atraía a su amplia *familia azul* a toda persona con la que tratase; conocer a Enrique era encontrar francas y abiertas las puertas de una amistad permanente que no se rompía jamás, fueran cuales fueran los derroteros que siguieran quienes una vez fueron ilusionados por él hacia la montaña y hacia el ideal de España.

Ahora, como es lógico, me sobrevienen a la memoria muchas anécdotas de una relación con Enrique Jové: me parece verlo en el campamento de San Juan de Bagá, siempre con el rombo de la Escuela sobre el bolsillo de su camisa azul; lo recuerdo preocupado porque una expedición se retrasaba en su regreso; riéndose como un crío en los fuegos de campamento; escuchando los consejos de un veteranísimo Domingo Camarero; felicitándonos a unos noveles Jefes de Campamento e imponiéndonos el círculo con la tienda, el yugo y el fuego bajo la hombrera (¿verdad, Ubaldo?); refugiándose, calado hasta los huesos por una repentina tormenta de verano, en un vetusto vehículo (¿verdad, Enedina?)... Pero siempre alegre, con esa sonrisa que la caracterizó hasta en la celebración de su noventa cumpleaños.

Lo echábamos en falta en los últimos tiempos, por sus problemas de movilidad, en las reuniones y actividades, tertulias o comidas de aniversario; sabíamos, sin embargo, que estaba allí, celebrando el último chiste, cantando la vieja canción, aguantando impertérrito la perorata de algún camarada locuaz (¿verdad, Tolosana?), entonando nuestro *Prietas las Filas*... Y, sobre todo, dirigiendo un curso de montaña, coronando una cumbre, guiando una travesía apenas sin vituallas (¿verdad, Calduch?), dirigiendo una escalada, consultando un plano o plegando una cuerda. Nuestro *¡Presente!* de hoy no adopta, sin embargo, tinte alguno de tristeza: sabemos que está ahí, en el Campamento celestial, donde deberá adiestrar a ángeles montañeros en sus andaduras entre luceros.

MANUEL PARRA CELAYA